

Testimonio

Fernando Pérez Correa*

* Académico de tiempo completo del Centro de Estudios Políticos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y Consejero del INAP

Fernando Pérez Correa.- Igualmente yo estoy muy agradecido con esta ocasión única de compartir con ustedes mis propias experiencias. Me parece importante empezar por decir que Carlos Sirvent era un hombre de muchas paradojas, era un hombre que daba la impresión de ser indulgente, de alguna manera relajado y escondía una gran severidad y una gran disciplina. Siempre era un hombre de trato suave y dispuesto, casi conforme y en rigor se trataba de una voluntad firme, muy resuelta, con proyectos muy claros.

Yo pienso que esta paradoja en su carácter, que era también una paradoja en su red de relaciones, fue también la paradoja de su muerte, porque me parece posible decir que se murió en el mejor momento de su vida: estaba realizando un trabajo académico espléndido, tenía un fruto de un trabajo perseverante y difícil, el trabajo en la ACCECISO. Estaba colocado en una posición de reconocimiento y de privilegio en nuestra comunidad académica en el espacio que todos compartíamos, era una persona reconocida y respetada, además tenía un observatorio magnífico, tanto para realizar sus esfuerzos de escrutinio e interpretación en la vía universitaria como en la política nacional.

Era difícil saber exactamente qué cruzaba por su mente, porque él había vivido, no mucho tiempo antes, una experiencia análoga y había decidido por sus propios medios acudir al hospital y recibir asistencia de urgencia. La recibió, sobrevivió y pienso que sabía cuáles eran, en ese orden específico, sus límites y cuáles eran sus grandes fuerzas.

Yo lo conocí a principios de una década admirable para la vida de la universidad, la década de los años 70's, fue una década llena de conflictos, llena de innovaciones, llena de cambios, en efecto. Acababa de egresar de la Maestría de Estudios Orientales, se incorporó con una admirable certeza en la facultad, muy pronto entramos nosotros en relación. En aquel tiempo estaba yo dejando la Secretaría de la División de Estudios de Postgrado, un cargo que él había de ocupar más tarde, para hacerme cargo del Centro

de Estudios Políticos, responsabilidad de la cuál él se haría cargo posteriormente también. No fue el caso con la Dirección de Ciencias Políticas a la que él tuvo la responsabilidad antes que yo.

Tuvimos una experiencia como son las experiencias con el Dr. Sirvent que todos recordamos, llena de matices, de enigmas, todos ellos gratos, todos ellos reveladores de una gran calidad humana.

El Dr. Sirvent en aquél tiempo estaba iniciando su doctorado, yo tuve una relación muy estrecha con él por esa razón, él me apoyó en una responsabilidad que tenía yo confiada en el Colegio de México en un seminario de pensamiento político contemporáneo y anudamos una relación más que personal, de intercambio recíproco, de enriquecimiento. Conviene tener presente que en ese marco se dio su incorporación al personal académico de la Facultad, pues él se integró, precisamente, al Centro de Estudios Políticos.

Esta relación fue siempre una relación llena de enseñanzas. Era un hombre culto, muy enterado, alegre, irónico, diría yo, no solamente lleno de vida, era además vivísimo, inteligente, benévolo, le gustaba ser un hombre bienhechor y al mismo tiempo siempre tenía una gran curiosidad y debo decirlo, una gran paciencia. Era un hombre ambicioso, era un hombre talentoso y, a su manera, un hombre muy trabajador.

Cuando terminé esta encomienda en la Facultad en el Centro de Estudios Políticos, súbitamente, porque recibí el compromiso de hacerme cargo del Colegio de Ciencias y Humanidades, que era una tarea de un gran desafío, dejamos de vernos con tanta frecuencia. Pero no habían pasado más de dos años y unos cuantos meses cuando recibí la distinción de ser nombrado Secretario General de la Universidad, entonces le pedí que se hiciera cargo de la Comisión Técnica, en la propia Facultad, en la Secretaría General de la Universidad.

Lo hizo con una gran capacidad, en una tarea que nada menos reclamaba entrar en contacto con los innovadores de todas las escuelas y facultades, conocer sus proyectos académicos, buscar darles forma, hacerlos viables o bien darles una salida honorable, y realizar esa encomienda con una tersura completa y con un balance siempre en números negros, negrísimos, nunca números rojos. Él era un admirable relacionador en esta tarea.

El Dr. Sirvent había tomado, como ya lo he dicho, la decisión de escribir una tesis muy difícil, sobre un tema que era al mismo tiempo innovador y desafiante, de alta peligrosidad y explosivo: era el análisis nada menos que de la alta burocracia mexicana y la administración pública para vincularla con las tareas del desarrollo. Tareas que tenían que ver, según evolucionó el texto del Dr. Sirvent, desde los temas de la acumulación del capital público y privado, hasta los temas de la generación de una especie funcional, aunque no estructural, de burguesía nacional, porque una parte clave del empresariado mexicano existente era suplida por este cuerpo burocrático administrativo, capaz de proyectar y de ejecutar proyectos complejos.

Fue una tesis llena de polémica, muy valiosa y debo decir yo, además fue una tesis muy moderna porque la nutrió, cosa que no se hacía en la Facultad, con cuadros estadísticos relacionados con tablas de desarrollo de las empresas, de la burocracia, del desarrollo económico por sectores, de los sectores en los que estaba incidiendo la acción pública, apreciaciones sobre el valor estratégico de distintos proyectos y algo muy importante, un aparato crítico muy bien construido, muy bien edificado.

Nuestra relación era una relación multifacética, porque teníamos muchas áreas de contacto y las seguimos teniendo después, cuando yo pasé de la Coordinación de Humanidades a la Secretaría de Gobernación, el Dr. Sirvent me apoyó en algunas cuestiones delicadas. Luego él pasó a la Dirección de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales en la que tuvo, la

verdad de las cosas, un momento muy difícil. Háganse ustedes cargo de lo que implicaba asumir la Dirección después del boom petrolero y de los años gloriosos del sexenio de López Portillo, tomar la Dirección en el momento de la gran contracción del gasto público, que tuvo entre sus áreas más dolorosamente sacrificadas, precisamente el sector educativo.

Él tomó la Dirección con una colección interminable de embrollos institucionales que habían terminado con el fracaso de maestros muy queridos, un colega admirable, Antonio Delhumeau en primer lugar, y después un maestro muy apreciado, Don Raúl Cardiel Reyes, quien terminó en condiciones verdaderamente deplorables, inadmisibles. En ese marco le tocó al Dr. Sirvent hacerse cargo de la Dirección y realizar una mudanza de lo más desventajosa, porque pasaba del núcleo del Centro Histórico de Ciudad Universitaria, a uno de los lugares más extravagantes en la periferia, entonces deshabitada de un pedregal, para compartir el destino de los saurios y los cactus del área próxima a la fallida tienda UNAM.

Esta fue una realización realmente admirable efectuada, además, en una circunstancia particularmente difícil, porque la Facultad había tenido una mala armonización con la Rectoría en los años del Maestro Cardiel Reyes y cuando podía haber habido una muy buena relación, un cambio de relación, hay una sustitución de Rector, y nuevamente se produce una relación muy difícil, una relación muy tensa en ese momento. Como un mago medieval y quiero subrayar la palabra, no fue un operador renacentista, fue un mago medieval, quien actuó para librar de tan difícil trance al Dr. Sirvent.

Nosotros nos seguimos frecuentando a lo largo de esos años, yo estaba en la Secretaría de Gobernación como ya dije y tuvimos la suerte de comentar este asunto justamente de la transición del 88 y la difícilísima elección del Lic. Salinas. Después, al arranque

del siguiente sexenio, yo me hice cargo del Instituto Nacional de Educación Pública, que había sido una actividad que también había resultado atractiva para el Dr. Sirvent.

Voy a darme un brinco considerable para decirles a ustedes que cuando se produjo el desenlace final de la huelga del 99, ya a principios del año 2000, una de las personas que con mayor entusiasmo y ánimo resuelto, y además eficaz, me insistió en que me asomara yo a la Dirección de la Facultad, también con ánimo resuelto y con ambición, fue justamente el Dr. Sirvent y fue gracias a la muy amable hospitalidad de Marcela que tuvimos las reuniones preparatorias de todo esto, justamente en su casa.

El Dr. Sirvent ha dejado un legado inapreciable de amigos, de colegas, de discípulos, pienso que mal que bien, él fue quien realizó la mudanza de la Facultad. A mí me tocó en el 2000, es decir, 16 años después de inaugurada la Facultad, retomar el plan rector de construcción que nunca se había atendido y que había implicado entonces que se impusiera al Dr. Sirvent una mudanza tan difícil.

Es muy difícil explicar cómo se dio simultáneamente el desarrollo de una institución como la Facultad, lista para impulsar el pensamiento crítico, incluso para inspirar la defensa de valores fundamentales desde la perspectiva de un proyecto progresivo de desarrollo para México y, simultáneamente, realizar el trabajo formativo de lo que serían, ciertamente en una buena medida, los grupos que nutrieron la acción dirigente y rectora de la República. Desde la crítica democrática de Don Pablo o la genial invención del periodismo cultural con las modalidades del Maestro Benítez, hasta el papel clave de Don Enrique, del Maestro Flores Olea en la pacificación posterior al conflicto del 68, nuestra Facultad ha sido uno de los instrumentos institucionales esenciales del desarrollo mexicano, sin fracturas, sin rupturas, y sin conducirnos a alienaciones y a fragmentaciones innecesarias.

En esa jornada el papel del Dr. Sirvent fue muy importante, él vivió, yo diría, la crisis de anomia posterior a la crisis del gobierno mexicano en los años 82 y luego volvió, y vivió con toda intensidad la crisis de la universidad, con la expresión dentro de nuestra casa de estudios de la modificación a las reglas del juego de los grandes proyectos sociales y educativos del Gobierno Federal. Lo hizo con donaire, lo hizo con una gran dignidad y repito, con un gran ánimo de vida, como lo fue siempre, un hombre muy talentoso.

Yo creo que como lo he dicho, fue un hombre de suerte y me permito decir que una de sus más señaladas fortunas fue el haberse encontrado con Marcela, porque resultó realmente decisivo como el punto de apoyo, como el punto de lanzamiento de un proyecto de vida muy complicado, muy enigmático y al mismo tiempo muy fecundo y lleno de guirnaldas. Yo creo que como lo han dicho mis antecesores, el Dr. Sirvent está vivo y pienso que seguirá vivo en la medida en que todas estas virtudes tuyas, que florecieron en medio de nosotros, sigan también vivas. Muchas gracias.

Hilda Aburto.- Muchas gracias al Dr. Fernando Pérez Correa, toca ahora el turno a la Dra. Marcela Bravo Ahuja, viuda de Carlos Sirvent Gutiérrez.